

# Las heridas

Norman Bethune

# Índice

Norman Bethune. Pasión por la humanidad ..... 7

## Las heridas

Charla sobre la medicina  
socializada (Montreal) ..... 33

La carretera de Málaga ..... 43

Heridas ..... 73

## Apéndices

Apuntes sobre los hospitales, el mundo  
hospitalario y la enfermedad ..... 83

Poema «Luna roja» ..... 89

Apuntes sobre la Guerra Civil española ..... 91

Apuntes de su experiencia en China ..... 97



# Heridas

LA LÁMPARA DE QUEROSENO en lo alto produce un zumbido regular, igual que un incandescente enjambre de abejas. Paredes de barro, suelo de barro, cama de barro. Ventanas de papel blanco. Olor a sangre y cloroformo. Frío. Las tres de la mañana. Primero de diciembre, norte de China, cerca de Lin Chu, con el Ejército Popular de Liberación.

Hombres con heridas.

Heridas como charcos resecos, endurecidas con barro marrón oscuro. Heridas de bordes cuarteados, coronadas de gangrena negra. Pulcras heridas, disimuladas bajo el absceso profundo, escarbando en los músculos firmes y alrededor de ellos, como un río maldito fluyendo alrededor de los músculos y entre ellos, como una corriente cálida. Heridas manando hacia afuera, orquídeas putrefactas o claveles pisoteados, terribles flores de carne. Heridas desde las que la oscura

sangre brota a borbotones de coágulos, mezclada con las ominosas burbujas de gas, flotando en la sangre fresca de la hemorragia secundaria que no cesa.

Los viejos vendajes roñosos se adhieren a la piel con el pegamento de la sangre. Cuidado. Mejor humedecer primero. Por el muslo. Levantar la pierna. Pues se trata de un saco, grande, holgado, una media roja. ¿Qué tipo de media? Un calcetín de esos de Navidad. ¿Dónde está esa formidable y fuerte barra de hueso ahora? En decenas de fragmentos. Tómalos con los dedos; blancos como los dientes de un perro, afilados y puntiagudos. Ahora siente. ¿Falta algo más? Sí, aquí. ¿Es todo? Sí... no, aquí hay un trozo más. ¿Está muerto el músculo? Pellízcalo. Sí, está muerto. Ampútalo. ¿Cómo puede cicatrizar? ¿Cómo pueden estos músculos, que una vez fueron tan fuertes, y ahora tan menoscabados, tan devastados, tan arruinados, asumir su tensión orgullosa? Tira, relaja. Tira, relaja. ¡Qué divertido era! Ahora se acabó. Ahora ya está hecho. Ahora estamos destrozados. Ahora... ¿qué será de nosotros?

El siguiente. Vaya niño. Diecisiete años. Con un balazo en el vientre. Cloroformo. ¿Preparado? Los gases salen volando por la cavidad peritoneal abierta. Olor a heces. Volutas rosadas de intestino distendido. Cuatro perforaciones. Ciérralas. Sutúralas. Pasa una esponja.

Entuba. Tres tubos. Difícil de cerrar. Mantener el calor. ¿Cómo? Mete esos ladrillos en agua caliente.

La gangrena es una dama astuta, sigilosa. ¿Está viva esta parte? Sí, está viva. Técnicamente hablando, está viva. Ponle suero intravenoso. Tal vez el sinnúmero de minúsculas células de su cuerpo recuerden. Acaso puedan recordar el tibio mar salado, su casa ancestral, su primer alimento. Con el recuerdo de un millón de años, recordarán otras mareas, otros océanos, y la vida que nació del mar y del sol, es probable que les haga levantar sus cabecitas, beber profundamente y luchar de nuevo de vuelta a la vida. Es posible que suceda.

Y este otro. ¿Correrá junto a la carretera, con sus chinelas, a la siega, gritando de placer y felicidad? No, no volverá a correr. ¿Cómo se puede correr con una pierna? ¿Qué va a hacer? Pues sentarse a mirar cómo corren otros chicos. ¿Qué pensará? Pensará lo que tú o yo pensaríamos. ¿Qué bien aporta la piedad? ¡No te compadezcas de él! La piedad degrada su sacrificio. Él quería defender China. Ayúdale. Quítalo de esa mesa. Llévatelo en brazos, así, tan liviano como un niño. Sí, tu niño, mi niño.

Qué hermoso es el cuerpo... Qué perfectas sus partes, con qué precisión se mueve. Qué obediente,

orgullosa y fuerte. Qué terrible cuando decae. La diminuta llama de vida va declinando cada vez más, y con un destello se va. Se va como se apaga una vela. Queda y suavemente. Hace de su extinción una protesta, luego claudica. Tiene algo que decir, luego calla.

¿Alguien más? Cuatro prisioneros japoneses. Llévatelos dentro. En esta comunidad de dolor no hay enemigos. Ve cortando ese uniforme teñido de sangre. Detén la hemorragia. Déjalos junto a los otros. Sí, igual que si fueran hermanos. Estos soldados, ¿son acaso asesinos profesionales? No, son *amateurs* armados. Manos obreras. Son obreros de uniforme.

Ya no hay más. Son las seis de la mañana. Dios, qué frío hace en esta habitación. Abre la puerta. En las montañas lejanas, de un azul intenso, una pálida, tenue línea de luz aparece por el este. Dentro de una hora el sol estará ya alto. A la cama, a dormir.

Pero el sueño no vendrá. ¿Cuál es la razón de esta crueldad, de esta estupidez? Un millón de obreros llegan de Japón para matar o mutilar a un millón de obreros chinos. ¿Por qué debería atacar un obrero japonés a su hermano obrero, que se ve obligado a defenderse? ¿Se beneficia el obrero japonés de la muerte de los chinos? No, ¿qué habría de ganar? ¿Quién es el responsable de enviar a estos obreros japoneses a su

misión asesina? ¿Quién saca provecho de ello? ¿Cómo fue posible persuadir a los obreros japoneses de que atacasen a los obreros chinos, sus hermanos en la pobreza, sus compañeros de miseria?

¿Es posible que unos pocos ricos, una reducida clase de hombres, haya persuadido a un millón de hombres más de que ataquen e intenten destruir a otro millón de hombres, tan pobres como ellos, de tal suerte que esos ricos se harán aún más ricos? ¡Qué pensamiento tan terrible! ¿Cómo han persuadido a esos hombres de que vengan a China? ¿Diciéndoles la verdad? No, jamás habrían venido de haber sabido la verdad. ¿Se atreverían a contar a esos obreros que los ricos solo quieren materias primas baratas, más mercados y más provecho? No, les dijeron que esta guerra brutal era el «destino de la raza», para «gloria del emperador», para el «honor del estado», era para su «rey y patria»...

¡Falso, tan falso como el mismo infierno!

Los agentes de una guerra criminal como esta hay que verlos como los que cometen otros crímenes, el asesinato, por ejemplo. Son los que con más probabilidad se benefician de tales crímenes. ¿Ganarán algo los ochenta mil obreros de Japón, los pobres campesinos, los industriales sin empleo? En toda la historia de las guerras con agresión, desde la conquista de Méxi-